### Arabella

Esto que les voy a contar pasó acá, acá mismo, en Ituzaingó. Pero la historia no es sobre mí, es sobre Arabella. Para empezar ese nombre no le gustaba, la hacía destacar entre los demás y eso era lo que menos quería en este mundo. Por lo menos no de esa forma. Ese nombre había sido razón de burla toda su vida. Ella anhelaba llamarse Sofía o Lucía o quizás María. Un nombre así, normal. Es que ella veía caminar por las calles a esos adolescentes que pintaban estar tan contentos y parecían tener esas adolescencias que todos queremos tener. Juntarse en la plaza con amigos, salir por las noches directo hacia las luces de la ciudad, escuchar mil músicas diferentes. Ella quería pertenecer.

Y Arabella lo intentaba, ponía toda su voluntad. Pero sentía una traba. Una fuerza que parecía hacerle la vida imposible. Trataba de hablar con sus compañeros de clase pero este ente maligno le secaba la garganta y la dejaba sin palabras. Cuando sentía que sus dibujos estaban saliendo bien escuchaba un susurro que le recordaba las bellas obras de otros compañeros de su clase de arte y no podía evitar cambiar de opinión sobre sus composiciones. Intentaba probarse ropas de esas que se usaban en aquellos días pero lo que veía en el espejo la hacía querer vomitar, esas sombras se aparecían en el reflejo y la desdibujaban.

Y así, todas las tardes se encerraba en su cuarto, se hacía una bolita en su cama y lloraba. Lloraba de bronca, de impotencia y de frustración. Miraba a esa bruma gris que nunca la abandonaba y le gritaba. "Ya estoy cansada de esto, dejame, por favor". Pero se le reía en la cara.

Un día, mientras Arabella intentaba dibujar la Calesita, esa que todos conocemos, vió a una chica que también era atormentada por la misma maldita entidad, solo que ella pudo controlarla con una sola inhalación de aire. De repente notó que todas las personas en la plaza tenían una esta misma oscura compañía, algunos la controlaban mejor que otros. Lo que vió la llenó de dudas. Nunca se había preguntado de dónde venía o qué razón tenía para estar tras de ella a cada paso. Menos si había una forma de controlarla. Pensó y pensó, la miró y la miró, estudiando todas sus formas. Creyó que de tanto mirarla se volvería loca. Pero, finalmente, lo logró, encontró la razón de ser de aquella deforme masa de humo. La repuesta era ella. Siempre había sido ella. Es que la misma Arabella, inconscientemente, lo había creado juntando todas sus inseguridades y miedos, sumado a las burlas de tantos otros, y había dejado que la dominen. Sin darse cuenta ella misma no se había permitido vivir esas experiencias que tanto deseaba.

También comprendió algo muy importante en el proceso, (porque esto no es algo que se hace de un día para otro), todas esas cosas que la hacían sentir diferente era lo que la hacían ser especial. No tenía que igualar o copiarse de la forma de ser de otro, ella era Arabella, con todas las letras, ni más ni menos que los demás. La solución que encontró era simplemente compleja, lo único que debía hacer era creer en ella misma.

Cómo ya les dije está historia ocurrió en esta ciudad y le ocurrió a Arabella pero también ha ocurrido en muchos otros lugares del mundo y a muchas otras personas.